

Veinte euros

samuelebeniabram samuelebeniabram

Image not found.

# Capítulo 1

## Veinte euros

La otra noche, de vuelta a casa, tuve un encuentro que podría considerar poco habitual. Eran cerca de las 00:30 de un lunes cualquiera. Una de esas noches en las que nunca sucede nada. A esa hora, la mayoría de la gente está en casa viendo la televisión o descansando tras el primer día de la semana. Acababa de terminar mi jornada de trabajo como ayudante de pizzero en el restaurante de siempre.

Mientras volvía a casa con la moto, poniendo atención a la calle llena de baches, ya que había dejado de llover hacía poco, en el cruce con el puente Vecchio, para tomar las avenidas que llevan hasta la plaza Michelangelo, hay un punto de la calle que no está muy iluminado. Normalmente, cuando paso por allí, modero la velocidad para ver si llega algún coche por mi derecha.

Aunque hay un semáforo que señala siempre en rojo, un *stop* dibujado en el asfalto con letras grandes y dos carteles que indican un cruce peligroso, desaconsejaría a cualquiera caminar rápido; ese cruce era conocido por todos por el hecho de que los más imbéciles de la ciudad pasaban por allí..., y así fue. De hecho, aquel lunes por la noche, sin saberlo, tenía una cita con alguien que me esperaba desde hacía tiempo. Estaba justo para pasar el famoso cruce cuando, de la nada, un coche con las luces apagadas a una velocidad de vértigo, pasando el semáforo en rojo, saltándose el *stop* y sin hacer caso a los carteles, me dio de lleno. Tal era su velocidad que ni siquiera intentó frenar.

Tras haberme dado en el centro como a un bolo en el lado derecho, el coche saltó la estructura lateral de protección y se giró varias veces sobre sí mismo, volviendo a la posición inicial y chocando contra un árbol.

En aquella fracción de segundo, yo, consciente de mi estado penoso, estaba volando a 15 metros de altura en dirección de una gran acera de piedra que no pude evitar.

Era la única vez que iba en la moto sin casco.

El impacto fue tremendo. Mi cabeza se quebró en dos como una sandía en pleno verano.

De repente, de la nada, apareció a mi alrededor mucha gente. Escuchaba sus voces asustadas y veía sus miradas aterrorizadas. El policía aparecido de quién sabe dónde, apartó a la masa de gente para dejar espacio a la

misericordia que llegaba a toda velocidad.

No recuerdo con precisión cuánto estuve en aquella posición acrobática. Con la cara aplastada sobre la acera, quizá 10 o 15 minutos, no recuerdo. Me sentía débil, muy débil. De mi cabeza había salido tanta sangre que se formó a mi lado un lago tan profundo que se podía pescar en él.

Pienso que las personas que me rodeaban se maravillarían al ver cuánta sangre poseía mi cuerpo.

Sin falsa modestia, tengo que reconocer que mis treinta y cinco años los había vivido realmente bien. Era considerado un hombre fuerte y robusto. Iba al gimnasio todos los días tres horas y podía tener a Marisa, mi mujer, mi gran amor, sentada en un brazo y levantarla por encima de mi cabeza.

En el trabajo todos intentaban vencerme con un pulso, pero necesitaban tres para mover mi brazo.

Ya que trabajaba como pizzero, tenía la costumbre de coger sacos de harina de 50 kilos y lanzarlos desde el camión al almacén, dándoles un vuelo de 20 metros.

Nunca hubiera sospechado que una botella de pésimo whisky pudiera destruir treinta y cinco años de una vida tan poderosa. Supe, solo después, escuchando las voces de los enfermeros, que con la ambulancia a toda velocidad me llevarían a los primeros auxilios, que el conductor del coche estaba completamente borracho. Se había tomado una botella entera de whisky de la peor marca.

Aquel lunes por la noche, un hombre, para satisfacer su necesidad de instintos primitivos, de emborracharse, había terminado con mi vida. La había cambiado por una botella de whisky de 20 euros.

Tardé cuatro horas en morir. Mi cuerpo rechazaba ceder y mi alma no quería irse y abandonarme. Una parálisis física y mental me impedía sentir dolor y entender qué estaba pasando a mí alrededor. Solo podía escuchar rumores.

La sirena de la ambulancia, las voces de los tres enfermeros, las luces de las bombillas me daban la sensación de que me encontraba dentro de Luna Park, rodeado de niños... comenzaba casi a gustarme. Pero poco a poco, las luces desaparecieron y apareció delante de mis ojos un túnel largo y oscuro. Casi no podía ver el fondo; solamente una pequeña bombilla de 20 vatios que daba una luz microscópica.

Entendí que tendría que haber tomado el camino poco iluminado sin tener la mínima sospecha de dónde aquel túnel me habría llevado. Consideré,

visto mi aspecto físico, que no merecía la pena luchar más y esforzarse por seguir viviendo, era mejor, por el contrario, dejarse llevar y rendirse ante los eventos. Sentí entonces la necesidad de abandonarme para poder reposar. Estaba cansado, y mis ojos se cerraron contra mi voluntad.

De pronto, todas las luces se apagaron y los rumores cesaron. Los tres enfermeros exhaustos cayeron al suelo y la sirena dejó de sonar. El final había llegado. La única que se resistía a irse era mi alma. Pero solo después llegué a entender el motivo.

Morir me ha servido para entender muchas cosas.

Cuando uno muere, sabe con seguridad si los demás lo han querido. El secreto creo que es no pensar en la muerte como en el final, sino como un modo muy eficaz de reducir los sufrimientos. El solo defecto de la muerte es que nos pone en condiciones de no poder apreciar su beneficio.

Como ya imaginaba, la reacción que provocó mi muerte no me sorprendió demasiado.

Al funeral que me hicieron, más bien miserable y pobre, la poca gente presente no derramó ni siquiera una lágrima.

Durante el sermón del cura, los viejos amigos que no se veían desde hacía tiempo se dieron los teléfonos para jugar un partido de cartas el domingo por la tarde.

Dos viejas conocidas femeninas, amores pasajeros..., antes de encontrar a mi Marisa, discutían animadamente sobre la calidad de los vestidos que llevaba una tercera. Los compañeros de trabajo reunidos en círculo se contaban chistes. Más que un funeral parecía un cortejo de imbéciles.

Solo entonces me di cuenta de que en vida no debería ser muy popular o, quizá, simplemente, no fui muy querido. Los pocos restos de mi familia, los parientes, ratones avaros y celosos, planificaban para ver quién debería ir a cobrar el seguro y cuál fuera la entidad de la cifra que esperaba a cada uno de ellos como legítima.

No obstante toda aquella confusión, yo tranquilamente tumbado sobre una camilla reposando en paz reservaba todas mis esperanzas en Marisa. Qué gran mujer era Marisa. En quince años de matrimonio incondicional, siempre me había sido fiel. Había sido mi único gran amor, y yo, naturalmente, el suyo. Nos conocimos de niños. Recuerdo que ella era virgen cuando nos casamos y también para mí, Marisa fue la primera experiencia con una mujer. La primera y la última.

Marisa estaba tan dolorida, triste, enferma por mi desaparición que no vino ni siquiera al funeral. Para ella, mi muerte fue un golpe fuertísimo. Yo

era su guía, su timón, su luz en la noche.

Este dolor tan lacerante le duró casi dos días..., después se reconfortó. Reaccionó con una fuerza y con una determinación insospechada. También yo, observando la escena, me maravillé de Marisa, de aquella parte desconocida para mí.

Me di cuenta de que no había entendido a la mujer que amaba, con la que había compartido mi vida. Pero esto solo era el principio. En dos días empaquetó todos mis trajes y zapatos en tres grandes bolsas de plástico y realizó una donación a la Cruz Roja. También todos los recuerdos, fotos, discos, objetos que había comprado con ella durante nuestros viajes, los metió dentro de tres cajas grandes que regaló a las monjas. Todo lo que me pertenecía fue regalado.

Marisa siempre había sido una mujer de corazón, muy generosa y muy religiosa... Podía entenderla.

Con un insospechado y para mí desconocido sentido de los negocios, consiguió vender al mejor precio del mercado mi colección de sellos y monedas, regalo de mi madre, y mi colección de pipas y mecheros, regalo de mi padre. Todos los relojes que había comprado con las propinas del restaurante, una verdadera colección, fueron vendidos a un anticuario que hizo un negocio fabuloso.

Pobre Marisa..., no cultivaba ninguna pasión; para ella mis colecciones no valían nada... Podía entenderla.

Con lo obtenido reservó un viaje a las Maldivas para 15 días.

Pobre Marisa, sufría mucho con mi ausencia y debía distraerse para salir de aquella triste realidad... Podía entenderla.

Durante los días sucesivos, tras cobrar en efectivo una parte importante de mi seguro de vida, cambió toda la decoración de la casa. Cambió todo, también las bombillas. Marisa estaba dotada de una cierta fantasía para proyectar y aunque si en quince años de matrimonio no la vi abrir ni siquiera un libro, la arquitectura era su pasión... Podía entenderla.

Mi escritorio, por ejemplo, donde pasaba horas y horas interminables escribiendo para ella las cartas de amor más hermosas, hizo que se lo llevaran dos gitanos a cambio de nada. El sofá donde más veces habíamos hecho el amor, jurándonos fidelidad eterna, se lo regaló a una pareja de chinos. La mesa donde almorzábamos juntos a la luz de una vela, fue usada como madera para el fuego. Mis fotos antiguas e históricas, de las ciudades visitadas en nuestros viajes, fueron vendidas a un comerciante

ambulante negro que obtuvo una suma diez veces superior a la pagada.

Pero Marisa, que era una mujer muy hábil en los negocios, consiguió obtener un buen descuento en los comercios más importantes de decoración de la ciudad y puso la casa nueva.

Donde me quedé muy sorprendido, esto debo decirlo, fue cuando una semana más tarde se cortó el pelo y cambió el color, un rubio platino..., horrible. Dejó de fumar y se realizó una limpieza dental, se pintó las uñas de los pies y de las manos de un rojo, diría..., vulgar.

Se apuntó a un gimnasio y contrató una masajista profesional. Se hizo aspirar, en el centro estético más famoso y caro de la ciudad, las pequeñas grasas del cuerpo. Se agrandó un poco más los senos, endureció con un par de inyecciones las piernas y el culo, y para exagerar, un famoso cirujano le hizo un retoque en los ojos, las mejillas, en el cuello y los labios.

Parecía otra mujer... Podía entenderla.

Guapa y provocativa para todos los hombres que la rodeaban, pero para mí, al menos para mí, estaba irreconocible, vulgar, horrible y además...,demasiado exagerada con esos labios llenos de silicona.

Por la calle, todos se giraban para mirarla, le silbaban, la llamaban y algunos hacían también apreciaciones vulgares tocándose con las manos entre las piernas.

Cuánto sufría, pobre Marisa.

Para olvidarse de mí se había convertido en otra mujer. Eso sí, debo reconocerlo, se había transformado en una muñeca hinchable, de esas que venden en las tiendas de juguetes. Cuando estaba conmigo, era simple, anónima, reservada, tímida y nadie le hacía caso, pero a mí me encantaba. Ahora la marca del sufrimiento era evidente. Se hizo con todo el guardarropa nuevo.

Vestidos carísimos y de marca, zapatos, accesorios y ropa interior incluida. Gastó una fortuna. Pobre Marisa, sentía la necesidad de evadir y las ganas de renacer era tanta.

Si hubiera podido volver atrás, cómo le hubiera dado todo lo que necesitaba.

Marisa, mi amor, mi gran amor. Cada diez pasos que daba, tenía que pararse para reflejarse en algún escaparate y comprobar si era

suficientemente bella.

Marisa nunca fue una mujer muy inteligente... Buena, sí; pero decir inteligente sería exagerar. De todas formas, la sorpresa más bella me la dio justo tras mi muerte.

Oswaldo, mi mejor amigo, aunque debo confesarlo, era más bien tosco e ignorante, en nombre de nuestra amistad consolaba a Marisa con su compañía y asidua presencia.

Nunca he sabido verdaderamente de qué hablaban, dado que mi amigo y Marisa no habían abierto nunca un libro en sus vidas, y él, mecánico, siempre sucio y brusco, estaba ausente de cualquier argumento.

Pero..., y esto tengo que reconocerlo, estaba siempre presente. Quiero decir, que había estado presente también antes, en su vida... antes del accidente.

Venía muy a menudo a comer a casa y después de cenar, cuando yo me acostaba, él siempre muy amable se quedaba hasta la noche tarde con Marisa, hablando, sentado en el sofá para hacerle compañía. No pocas noches, cuando nos venía a ver, prácticamente todos los jueves, viernes, sábados y domingos, le llevaba un regalito..., pequeñas cosas, naturalmente.

Como un verdadero amigo se ocupaba de ella cuando yo no volvía a casa, sobre todo durante los días festivos cuando tenía mucho trabajo y tenía que quedarme en el restaurante. Pero yo estaba tranquilo, Marisa feliz y Oswaldino, así lo llamaba yo, un verdadero amigo. Aunque tengo que reconocer que su presencia me impedía acostarme con mi mujer. Nunca podíamos estar solos. Pero Marisa no se lamentaba y soportaba que pasaran incluso dos meses sin que yo la tocara. Y, además, siempre tenía dolor de cabeza.

Oswaldino..., estaba tan presente y disponible que en un momento de gran dolor, y esto a dos días tras mi muerte, se quedó a dormir en casa de Marisa, que se sentía terriblemente sola.

¡Y se la tiró! ¡Durante toda la noche se la tiró como a un animal!

Y ella que siempre había sido silenciosa..., con él gritaba de placer pronunciando palabras que no tengo el coraje de repetir. Pero solo cuando escuchando sus palabras, que se intercambiaban tumbados en la cama, entendí..., que en los últimos dos años no había pasado ni una semana en la que Marisa y Oswaldo no follaran.

Incluso cuando fui operado de apendicitis..., follaron como dos animales. Incluso cuando fui al pueblo a ver a mi madre, ya que estaba mal...,

follaron.

Incluso cuando me robaron el coche comprado de hace poco, con el regalo dentro para el cumpleaños de Marisa..., follaron. Follaban siempre, parecían dos monos.

Desde aquella tarde, quiero decir, tras mi muerte, la actividad sexual se incrementó. Incluso, para no dejarla sola y triste, Osvaldo se mudó a su casa, que antes era mi casa. Aquel gesto me pareció un exceso de afecto.

Pero así..., tras aquel famoso lunes por la tarde, entendí que la muerte en el fondo es un escalón desde el que se puede entender la vida.

Lástima que no se puede volver atrás. Hubiera cambiado muchas cosas. Pero, sobre todo, hubiera valorado mejor la amistad con Osvaldo y, quizá, hubiera también interpretado mejor el gran amor de Marisa.

Pero lo que nos enseña la muerte es que en la vida no se puede programar nada. No hay ni certezas ni seguridades. Por lo demás, es por la muerte por lo que nosotros vivimos, es por la muerte por lo que amamos y es por ella por lo que procreamos y trabajamos; nuestras fatigas y nuestros días se suceden ahora ya a la sombra de la muerte, la disciplina que observamos, los valores que salvaguardamos y los proyectos que hacemos llevan todos una sola meta.

Y muchas veces, la verdad es justo lo contrario de lo que creemos.

Y yo que creía que Marisa era un ángel, puro, casto e inocente, y por el contrario era una gran p...

Y el alma pregunta.

Se te has gustado mi cuento, compártelo con tus amigos en Facebook, y dale un "ME GUSTA" a mi página.

Gracias para leerme.

Un saludo